

espíritu, el hombre vive en relaciones con el mundo de lo invisible, y está destinado á la inmortalidad.

Entre los dos elementos constitutivos del hombre, hay por necesidad antagonismo de inclinaciones: guiado por los apetitos del cuerpo, el hombre bajaria lastimosamente en la escala de lo *animal*; guiado por las aspiraciones del alma, el hombre sube en la escala de lo *racional*.

El hombre, formado á imágen y semejanza de Dios, omnisciente un dia, herido luego en los dones naturales á causa de la prevaricacion, sabe que al otro lado del sepulcro comienza una vida nueva que no tiene fin, hay un espacio sin fronteras: sabe que sus acciones han de ser sometidas á juicio, y que hay para las buenas obras un premio perdurable: esto sabe el hombre por la fe. Cuanto mas medita el hombre en este destino glorioso; cuanto mas se abre su corazon al dulce presentimiento de una dicha que no acaba, tanto mas anhela llegar á su posesion, tanto mas procura desprenderse de los lazos de la materia para volar á la tranquila region de las alegrías inextinguibles.

La religion católica, haciendo de la esperanza una virtud, impone al hombre el mas grato de los deberes, el de esperar. Entre la fe y la esperanza, consideradas como fuerza, hay, segun

CAPITULO XI.

LA ESPERANZA.—LA BELLEZA.—EL ARTE.

I

Aroma de las ciencias llamó Bacon á la fe, *fides aroma scientiarum*: llena de inmortalidad está la esperanza de los justos, dice el libro de la Sabiduría; *spes illorum immortalitate plena est*: si pues la fe constituye el estado de reposo, el bienestar de la inteligencia, la esperanza es la fuerza superior que impele al genio. Perdida la fe, las ciencias quedan sin aroma; perdida la esperanza, el genio queda sin alas.

Puede decirse que la humanidad ha tardado cuarenta siglos en definir al hombre; y adviértase que la definicion consta de solas dos palabras: *animal* en los tiempos antiguos: *animal racional* en los modernos. Hay en el hombre dos elementos que forman un admirable conjunto: la materia y el espíritu: por la materia, el hombre vive adherido á la tierra, y perece como tierra; por el

Chateaubriand, una diferencia notable, á saber: la fe tiene su asiento fuera de nosotros, pues nos procede de un objeto extraño, al paso que la esperanza nace dentro de nosotros para exteriorizarse: la primera se nos impone, mientras nuestro propio deseo hace brotar la segunda: aquella es una obediencia, ésta es un amor.

La justa relacion entre lo absoluto y lo contingente, entre el espiritu y la materia, fué desconocida de los antiguos pueblos, los cuales, agitando como ya otra vez hemos dicho, entre sombras, caían, ora en los errores de una especie de espiritualismo incomprensible, ora en los de un materialismo grosero y repugnante.

Las ideas de belleza y arte no pueden fijarse con todo su rigor científico en el mundo de la idolatría.

II

Dios, centro glorioso de la verdad absoluta, es á la misma vez centro glorioso de la absoluta belleza. No es posible el divorcio entre la belleza y la verdad; ni es posible lograr en la tierra la belleza absoluta, puesto que en las manifestaciones de la belleza ha de entrar lo contingente por algo, ha de haber materia, forma; y la idea de lo contingente es antitética de la idea de lo absoluto.

Con solo meditar en estas verdades se com-

prende cuánto debió favorecer á las ciencias estéticas la doctrina católica; ó mejor dicho, cómo á la doctrina católica deben su vida las ciencias estéticas. *El esplendor del orden*, que así llamó San Agustin á la belleza, no podia ser apreciado y bendecido cuando la idea de orden no estaba al alcance de las inteligencias.

Como el racionalismo, enemigo de la fe, es la mayor rémora para el progreso de las ciencias, así el fatalismo, enemigo de la esperanza, es la rémora mayor para el progreso de las artes. Aquellos pueblos de la antigüedad (y algunos han sobrevivido, como el musulman), en que el fatalismo prevaleció, ni cultivaron las artes, ni dejaron en su paso por la tierra monumento alguno donde se revelen los caracteres del genio.

Las interminables cuestiones sobre la idea y la forma, sobre el *yo* y el hombre y el universo, que se agitan en las aulas y traen divididos á los filósofos, no pueden recibir, no recibirán nunca solucion satisfactoria y científica fuera de las verdades católicas; las cuales, exaltando los legítimos derechos del mundo espiritual, no niegan los suyos al mundo visible, ni aborrecen la materia, ni ponen obstáculo á las manifestaciones de la belleza en todas las esferas del arte.

Los antiguos pueblos semíticos, profesando un monoteismo austero, apenas fijaban la mirada en

esta tierra de peregrinacion: su vida era su religion; su religion era Dios.

El pueblo griego, profesando un politeismo formado á imagen y semejanza del hombre, todo lo redujo al *yo* humano y todo lo dedujo del *yo* humano; creó multitud de dioses que representaban afectos, relaciones, fases del *yo* que adoraba: su civilizacion se resume en una sola palabra: esta palabra es EL HOMBRE.

Llegó la plenitud de los tiempos; se realizaron las profecías: Dios UNO y TRINO abrió los tesoros de su misericordia; se hizo el misterio de la redencion, y la luz brilló sobre todos los ámbitos del mundo. El hombre fué elevado á altísima dignidad: no hay ya para qué, en su inmensa soberbia, los hombres se conviertan en dioses; Dios, en su inmensa misericordia se va á convertir en hombre: se verifica la síntesis de los siglos; y viene á salvar al mundo de la inteligencia y al mundo de la belleza la religion del Dios-HOMBRE.

III

Las grandezas de un Dios, compendiadas en la hermosa figura de un hombre: el Dios-hombre naciendo en un establo, y creciendo en una casa pobre, y predicando en las orillas del mar, y en la cumbre de las montañas, y en las llanuras del

desierto; y proclamando el reinado de los humildes, miéntras Roma se embriagaba en las orgías; y resucitando á los muertos, y dando vista á los ciegos, y movimiento á los tullidos, y perdonando á la Magdalena, y sufriendo tormentos horrorosos, y muriendo en muerte de cruz; hé aquí el magnífico ideal que se ofrece al arte cristiano. Los dioses de la Persia, del Egipto, de Grecia y de Roma, productores del bien y del mal, creadores y destructores, no pudieron jamás representar el tipo de la belleza soberana, ni ser manantial de inspiraciones artísticas: vaciados, por decirlo así, en el molde de la humanidad, carecian de un elemento principal; de la idea de lo absoluto, de lo infinito; idea que solamente el catolicismo explica en toda su magnífica y consoladora trascendencia. Ni se crea que el mundo pagano, á pesar de su adoracion al hombre, habia dado á conocer el origen, la naturaleza ni el destino ulterior del hombre: es inútil preguntar por la moral en los pueblos politeistas: la moral nada tenia de comun con la mitologia.

Junto á la adorable figura de Jesus, tipo de la perfeccion del hombre, se descubre la hermosa figura de María, tipo celestial de la mujer. Virgen y Madre, modelo de todas las virtudes, ostenta sobre un fondo de ternura que la hace orar sin tregua por todos los pecadores, y volar al auxilio

de los que amorosamente la invocan, un fondo de fortaleza que la permite sufrir en el alma todos los dolores que su divino Hijo sufría en el cuerpo, y presenciar sin desfallecimiento el deicidio, y sobrevivir á la crucifixion de su unigénito.

«*Stabat Mater dolorosa
juxta crucem lacrymosa.*»

¿Por ventura ofrece la antigüedad ejemplo de una madre como Maria? La Andrómaca de la Iliada y la de Eurípides respondan por nosotros: Niobe, la soberbia reina de Tébas, ve á sus hijos muertos por la ira de los dioses, y no puede resistir á tanto dolor, y queda inmóvil y convertida en penasco. Hasta ahí llegó el arte clásico: el arte clásico no concibió una madre sobreviviendo á la catástrofe de sus hijos; no pudo pintar afectos de tan extremada delicadeza. ¿Cuánta diferencia entre los afectos del mundo antiguo y los afectos de la humanidad aleccionada en el Evangelio? La idea del valor, la idea de la nobleza, la de la amistad, la del amor, no pudieron tener su legítimo desarrollo, ni aun ser entendidas en su verdadero sentido por aquellas sociedades cuyos guerreros eran monstruos de crueldad; cuyos magnates eran azote de los ciudadanos; cuyos ciudadanos eran azote de los siervos; cuyos siervos eran cosa vil y parecida á los animales de carga: por aquellas

sociedades en que la amistad no podía pasar del sepulcro, pues como dice un gran poeta filósofo, el mundo politeista confinaba al hombre en las desiertas regiones de lo pasado, al contrario del cristianismo que le coloca en los floridos campos de la esperanza; por aquellas sociedades, en fin, que desconociendo el amor-sentimiento, solo dieron culto al amor-sensacion, produciendo las Saffos suicidas y las Didos desesperadas.

El honor, otro de los grandes elementos del arte cristiano, no pudo ser entendido en las sociedades antiguas. Cuando los fuertes abusaban de su fuerza, y los enemigos eran tratados sin compasion, y se desconocian los fueros de la debilidad, los santos fueron de las mujeres y de los niños y de los ancianos; cuando todas las palabras se rompian y todos los respetos se atropellaban por conseguir la venganza anhelada; cuando no habian resonado en las aturdidas sociedades las dulces palabras de fe, de esperanza y de caridad, es inútil buscar en los hombres de armas la lealtad, el desprendimiento, la grandeza que, andando los siglos, habian de caracterizar á los caballeros cristianos: entre los héroes de las leyendas indicas, ó bien de la Iliada y de la Eneida, y los héroes de las Cruzadas, y de los poemas y de los romances cristianos, hay una inmensa diferencia, como la hay entre la idea de la belleza ántes y

despues del Evangelio, ántes y despues de la re-habilitacion del hombre.

IV

Desde el momento en que todos los filósofos, sean cuales fueren sus doctrinas y aun aberraciones, convienen en que la belleza es la manifestacion de lo infinito en lo finito, queda probado que aquella religion que aceptando lo infinito dé acerca de ello ideas mas luminosas y consoladoras, será la que mas favorezca la nocion de la belleza; será, mejor dicho, la única que favorezca esa nocion buscada anhelosamente en todos los siglos, realizada tansolo por el arte cristiano.

Se preguntará: ¿por ventura no hubo belleza en el mundo antiguo? Las artes en Egipto, las artes en Grecia, ¿no llegaron á muy alto grado de esplendor, no legaron á las generaciones sucesivas monumentos imperecederos? Así es la verdad; pero limitado el horizonte de las sociedades antiguas, ya por los términos de un fatalismo cruel, ya por las sombras de un individualismo tétrico, si acertaron á fijar la idea de belleza en determinadas producciones del espíritu, no acertaron á generalizar aquella idea, á presentarla como elemento principal de todo un orden de ciencias.

No nos proponemos ahora formar un bosquejo

histórico de las artes; pero tampoco podemos prescindir de algunos ligeros recuerdos y de algunas no ménos ligeras consideraciones.

El progreso artístico de los antiguos pueblos semitas puede reducirse á muy pocas palabras; prohibidas la pintura y la escultura, y confiadas á extranjeros las obras mas notables de la arquitectura, no hay inconveniente en asegurar que las artes que se desarrollan en el espacio, tuvieron escasa significacion, si es que de ella no carecieron totalmente; no así las artes que se desarrollan en el tiempo, las que hieren las fibras del alma con mas delicada y penetrante actividad, á saber: la poesía y la música. Los poetas de la Biblia son los primeros poetas del mundo: como los veinticuatro coros cuyos acordes magníficos llenaban el templo de Salomon, no han vuelto á formarse otros en la serie de los tiempos. Moisés entonando un cántico de gracias al Dios fuerte en las orillas del mar Rojo; Débora inflamando de entusiasmo á los valientes de Israel; David ahuyentando con los dulces sonidos de su arpa la melancolía de Saúl; los caudillos haciendo prodigios de valor en los combates al eco de guerreras músicas, ofrecen testimonio del alto grado de esplendor á que llegaron en aquella remota edad las dos artes hermanas, cuyas armonías suavísimas llegarán, á traves de los siglos, hasta la última generacion.

Si apartamos la vista de los pueblos semitas, de los pueblos que dan culto á la suprema unidad, observaremos fenómenos bien distintos. No preguntemos por la poesía y la música en la China; no busquemos allí monumentos de arquitectura; no pretendamos hallar en sus cuadros asuntos bien meditados, figuras bien combinadas, ni en sus obras de escultura aspiremos á encontrar mas que dificultades prolijamente vencidas, *acertijos* artísticos, fruto de la paciencia y no del genio. La idea de lo infinito no fué conocida en aquella vasta region donde imperan los mas extravagantes errores filosóficos; y sin la idea de los infinito, la idea de la belleza no puede explicarse ni concebirse siquiera. Veamos si no el Egipto: en las obras de sus filósofos, en la vida científica de aquel pueblo que tanto influyó en los destinos del mundo antiguo, se descubre ya cierta tendencia á distinguir entre lo material y lo inmaterial, á concebir lo abstracto, la sustancia sin forma; y esta tendencia, esta vislumbre de espiritualismo era un gran elemento artístico que no tarde habia de aprovechar el genio de la Grecia. La arquitectura egipcia comienza á ser notable: dos arquitecturas se hallan en Egipto, dice un escritor contemporáneo; una sobre tierra, aparente y visible para todos; otra bajo tierra, oculta y vedada á los profanos: hé aqui el espíritu enter-

rado bajo la forma. Las pirámides bajo su mole guardan un santuario, alma de aquel gran cuerpo; las esfinges que pueblan en tan gran número los campos ahora desiertos del antiguo Egipto, son la expresion poética del arte egipcio, que parece proponer el problema de la naturaleza humana mediante una palabra que el vulgo no puede alcanzar. Pero el pueblo egipcio cuyos filósofos daban señales de conocer algo la idea de la sustancia, no comprendió la unidad de la sustancia, ni la libertad, como lo prueban sus figuras de animales varios con cabeza de hombre y sus estatuas inmóviles. Estaba reservado al pueblo griego llevar á los mas lejanos términos de exageracion el culto artístico á lo idea del *yo* humano, y la llevó en efecto: abrigó el loco propósito de divinizar la humanidad, y dejó en sus artes la marca de aquel propósito. En la estatuaria griega ya no hay animales como en la egipcia: la figura humana es el tipo que se adopta para representacion de la belleza. Lo mismo puede decirse de la pintura; fácilmente se concibe cuáles eran los elementos que el politeísmo habia de prestar al artista: dioses dominados por el vicio, escenas más ó menos repugnantes, metamorfosis más ó menos bellas; en una palabra, movimientos de la materia, afectos humanos, pasiones: la mitología no pudo dar de sí los raudales

de inspiracion artistica que traía en su seno la doctrina salvadora del Evangelio, la doctrina que hizo de la esperanza una virtud.

V

Chateaubriand, en las mas bellas páginas de *El Genio del cristianismo*, ha demostrado hasta qué punto la religion cristiana favoreció el desarrollo de las bellas artes: y comenzando por la poesia y prosiguiendo por la música, la pintura, la escultura y la arquitectura, traza el magnifico paralelo entre lo que fueron en el mundo antiguo, y lo que llegaron á ser despues bajo el influjo de la verdad y de la belleza del catolicismo. Identificadas las bellas artes, dice el gran poeta, con los pasos de la religion cristiana, la reconocieron por su madre no bien apareció en el mundo: ellas le prestaron sus encantos terrenales, y ella les comunicó su divinidad. La música dió notas á sus cantos; la pintura la representó en sus dolorosos triunfos; la escultura se complació en meditar á su lado en los sepulcros, y la arquitectura le erigió templos tan sublimes y misteriosos como su pensamiento.

Cuando la religion cristiana se ha visto perseguida y maltratada, las bellas artes han llorado tambien malos tratos y persecucion: desde los

primeros siglos del cristianismo hasta el siglo XVI, desde Teodosio hasta Leon X, las artes florecian ó decaían segun que la Iglesia alcanzaba dias prósperos ó que gemia rodeada de tribulaciones.

La reforma protestante, enemiga de la autoridad, del orden y de la armonía, trajo horrible perturbacion á todas las esferas, y triste ruina á las esferas del arte. Chateaubriand lo enuncia bellamente en estos párrafos reproducidos por Balmes:

«La Reforma, dice, penetrada del espíritu de su fundador, fraile envidioso y bárbaro, se declaró enemiga de las artes. Quitando la imaginacion de entre las facultades del hombre, cortó al genio las alas y le puso á pié. Estalló con motivo de algunas limosnas destinadas á levantar para el mundo cristiano la Basilica de San Pedro: los griegos no hubieran negado ciertamente los socorros pedidos á su piedad para edificar el templo de Minerva.

«Si la Reforma desde su principio hubiese alcanzado un completo triunfo, habria establecido, á lo ménos por algun tiempo, una nueva barbarie. Tratando de supersticion la pompa de los altares y de idolatria las obras maestras de escultura, arquitectura y pintura, se encaminaba á desterrar del mundo la elocuencia y la poesia en

lo que tienen de mas grande y elevado; á deteriorar el gusto repudiando los modelos; á introducir algo de seco, frio y quisquilloso en el espíritu: á sustituir una sociedad dura y material á otra sociedad acomodada é intelectual; á poner las máquinas y el movimiento de una rueda en lugar de las manos y de la operacion mental. Estas verdades las confirma la observacion de un hecho.

«Las diversas ramificaciones de la religion reformada han participado más ó ménos de lo bello, á proporcion que se han alejado ménos ó más de la religion católica. En Inglaterra, donde se ha conservado la gerarquía eclesiástica, las letras han tenido su siglo clásico; el luteranismo conserva todavía algunas centellas de imaginacion que el calvinismo procura apagar; y así van descendiendo las sectas hasta el cuákero que quisiera reducir la vida social á la grosería de los modales y á la práctica de los oficios.

«Segun todas las probabilidades, Shakespeare era católico; Milton, es evidente que imitó algunas partes de los poemas de Sainte-Avite y de Masenius; Klopstock ha tomado lo principal de las creencias romanas. En nuestros tiempos, la elevada imaginacion no se ha manifestado en Alemania sino cuando el espíritu del protestantismo se ha enflaquecido y desnaturalizado. Goëthe y

Schiller encontraron de nuevo su genio, tratando objetos católicos: Rousseau y Mad. de Staël, son ilustres excepciones de esta regla; pero ¿eran tal vez protestantes á la manera de los primeros discípulos de Calvino? A Roma acuden los pintores, los arquitectos y los escultores de las sectas disidentes á buscar las inspiraciones que la tolerancia universal les permite recoger. La Europa, mejor diré, el mundo está cubierto de monumentos de la religion católica: á ella es debida esa arquitectura gótica, que por sus detalles rivaliza con los monumentos de la Grecia, y que los sobrepaja en grandor. Tres siglos van desde el nacimiento del protestantismo; es poderoso en Inglaterra, en Alemania, en América; es practicado por millones de hombres: ¿y qué es lo que ha edificado? Os manifestará ruinas que ha hecho, entre las cuales ha plantado algunos jardines ó establecido algunas manufacturas. Rebelde á la autoridad de las tradiciones, á la experiencia de los tiempos, á la sabiduria de los antiguos, el protestantismo se separó de todo lo pasado para fundar una sociedad sin raíces. Reconociendo por padre á un fraile aleman del siglo XVI, renunció á la magnífica genealogia que hace remontar al catolico, por una serie de santos y de grandes hombres, hasta Jesucristo, y de allí hasta los patriarcas, hasta la cuna del universo. El siglo protestante,

desde sus primeros momentos, rehusó todo parentesco con el siglo de aquel Leon protector del mundo civilizado contra Atila; y con el siglo de ese otro Leon que, poniendo fin al mundo bárbaro, embelleció la sociedad, cuando ya no era necesario defenderla.»

Entre los estragos causados por la Reforma protestante, monstruo insaciable que tanta sangre y tantas lágrimas hizo derramar sobre la Europa, hubiera de contarse la ruina completa de las bellas artes, si las bellas artes fueran humanamente arruinables. Y sin embargo, ¡cosa digna de admiración! aquella misma época de perturbaciones, de guerras, de odios y de crímenes; aquella época que, para Inglaterra y Alemania y otras naciones europeas agitadas por el mismo vértigo, será marcada con piedra negra en el camino de la historia; aquella época triste en que parece que el genio de la destrucción dominaba por todas partes y se hacía guerra á toda verdad, y á toda belleza, y se incendiaban los templos, y se destruían los altares, y se predicaba el exterminio de todo lo existente, aquella época es una de las más esplendorosas para las artes españolas. No parece sino que las bellas artes, tímidas é inocentes, huyendo del fragor de las guerras y de la injusticia de los hombres, vinieron á refugiarse á esta nación donde el cisma no pudo penetrar, donde la paz extendía

sus alas bienhechoras protegiendo el culto tranquilo y fecundo de la verdad y de la belleza.

A contar desde el siglo XVII hasta nuestros días, las bellas artes han seguido la suerte de la paz de las naciones, de la paz de las conciencias y de la paz de los entendimientos. El reinado de los Felipes en España determina un período glorioso para las letras y las artes; la generación presente saluda con reverencia los monumentos del genio, que, ya en libros, ya en cuadros, ya en moles de piedra le ha legado el siglo de oro; el siglo del engrandecimiento político y social, en que España ponía la ley á Europa é inclinaba tal vez la balanza en los destinos del mundo. Mas ¡ay! cuando han amanecido días de trastorno y de horrores; cuando Dios ha permitido que las nociones de lo justo se subviertan y que la verdad sufra dolores sin cuento en manos de los hombres, al punto la belleza ha palidecido y las artes han caído en desmayo.

Las artes solamente llegan á su mayor grado de lozanía y vigor cuando son fecundadas por aquel río de paz y aquel torrente de gloria que Dios prometió á su pueblo por boca del profeta Isaías.